

EL ECO URUGUAYO

PERIODICO POLITICO, LITERARIO, CRITICO Y NOTICIOSO.

DIRECTOR:—D. HERACLIO C. FAJARDO.

EL DOMINGO DE RAMOS

La Iglesia celebra hoy este aniversario, que encierra una gran lección de humildad para los potentados de la tierra.

Halagados por el poder y las riquezas que los rodean, suelen estos olvidar en su insensata vanidad que ese poder y esas riquezas son efímeras, y blasfeman de Dios y de la naturaleza tratando á sus subditos ó vasallos con la rigidez del sistema autocrático, sin pensar que ante aquellas dos potencias la ley de la igualdad nivela al mas infimo de estos con el mas grande de ellos, en su origen y en su término.

¿Que ejemplo el de Jesucristo, presentándose al gran pueblo de Israel, montado en un pollino, con la oliva de paz en una mano, y en la otra las bendiciones del cielo, que imparte con profusión entre la multitud que le rodea con victores de alegría!...

Renunciamos gustosísimos á nuestra profana prosa, por el placer de presentar á nuestros lectores una preciosa copia de este cuadro en la lindísima composición poética de D. José Heriberto García de Quevedo que insertamos á continuación.

Entrada de Cristo en Jerusalem.

¿Qué júbilo inmenso resuena,

Sion, en tu vasto confin?

¿Qué gozo inefable enagena,

Salem, tu recinto feliz?

¿Dó van tus resueltos varones

Cantando triunfales canciones?

¿Por qué suena el laud?

¿Qué triunfo electriza sus almas?

¿Acaso el Romano cayó?

¿Por qué se despojan las palmas

Del manto que el cielo les dió?

¿Por qué tu llanura arenosa

Reviste esa capa frondosa?

¿Cesó tu esclavitud?

En coro las tiernas doncellas,

Los niños en coro pueril,

Repiten en cántigas bellas

Pulsando del padre David

El harpa de voces tan puras:

«Hosanna en las alturas!

«Bendito el enviado de Dios!»

¿Quién es el monarca temido,

Que llega á tus puertas, Salem?

¿Quién es ese rey tan querido?

¿De Dios el enviado, quién es?

¿De inmensa legión circundado,

En carro de triunfo adornado,

Llega el conquistador?

Sion, tu monarca divino

No viene en un carro triunfal;

Ni acero feroz damasquino

Empuña su mano real;

Ni en pompa homicida de guerra

Le anuncia por rey de la tierra

El fausto y el poder.

En manso animal cabalgando

Se acerca del mundo el Señor,

A diestra y siniestra lanzando

Benignas miradas de amor.

Por armas la palma y la oliva,

Por premio la fé siempre viva,

Eterno amor por ley!

Y en pos los invictos varones,

Las madres que acata Israel,

Y ancianos y tiernos garzones

Confusos en rauda tropel;

Y esposas y vírgenes puras:

«Hosanna en las alturas!

Esclaman, al Sumo Señor!»

Y el santo, amoroso concento

Que suena en el vasto confin,

Llevado en las alas del viento,

Llegó cual la voz del clarín

Sion, á tus calles oscuras:

«Hosanna en las alturas,

Clamando, al supremo Señor!»

Y el eco del muro callado

Y el agua que corre á su pié;

Del templo el recinto sagrado

El viento que gime al través:

Y el ruisenar que en la enramada trina,

Y el aura embalsamada matutina,

En puro acento de perenne amor;

Clamando van en montes y llanuras:

«Hosanna en las alturas,

Al que viene en el nombre del Señor!

ALEJANDRO DUMAS—hijo

I

En 1824, una costurera, vecina de un expedicionario de la secretaria del duque de Orleans, dió á luz un varoncito, en una casa situada en la Plaza de los Italianos, en París.

Recorriendo las *Memorias* de Dumas, leemos este párrafo triunfante :

«El 29 de julio de 1824, mientras venia al mundo el duque de Montpensier, á mi me nacia un duque de Chartres, en la plaza de los Italianos, número 4.»

El duque de Chartres fué bautizado bajo el simple nombre de Alejandro.

El padre lo puso al cuidado de una ama, pagó los meses de nodriza y los de destete. Mas tarde, lo mandó á la institucion de Goubeaux, donde le permitian salir todos los quince dias.

Dumas acariciaba muy poco á su hijo, y este se volvía cada vez mas taciturno.

II

Un dia, fué sorprendido absorbido en la lectura de un libro que parecia querer ocultar cuando alguien se acercaba.

Era el *Emilio* de Emilio de Girardin.

«¡Ah! diablo! exclamó Dumas, te interesa esa lectura?

«—Mucho, contestó Alejandro con firmeza.

«—¡Diantre!.... Dime pues tus impresiones.

«—*Emilio* es un jóven de valor.

«—¿En verdad?

«—Sí, por cierto. Cuando un padre niega su nombre á su hijo.....

«—¡Eh bien!

«—Es preciso tomarselo.

«—Entónces, tú quieres llevar mi nombre, aunque yo no lo permitiera? Bien está, hijo mio, tómallo desde ahora.»

Alejandro entraba en su catorceno año.

Desde luego hubo en su carácter una transformación completa. En el colegial taciturno se reveló de golpe un adolescente alegre, una nataraeza inteligente y llena de vida, que parecia no esperar mas que un rayo de sol para desarrollarse y florecer.

Desde luego se sintió inflamado de un noble entusiasmo, y pocos meses le bastaron para aventajar á sus mas hábiles condiscípulos.

Desde luego le tocaron siempre los primeros premios en los exámenes, y fué vencedor en el gran concurso.

III

En esa época principió su carrera literaria; sus primeros pasos fueron débiles. Publicó con su firma

en el *Journal des Demoiselles* algunas composiciones en verso, que contienen calidades poéticas muy pasables.

Preparó sus armas y se presentó en la arena de las letras con un libro de poesías, llenas de candor y de inesperienza; *Les Péchés de Jeunesse*.

Después hizo un viaje á España y Africa con Dumas. A la vuelta dió su segundo libro: las *Aventuras de cuatro mujeres y de un loro*. Sin ser una obra maestra, es superior á la primera como estilo y como interés.

IV

Alejandro no debía tardar en encontrar bajo su pluma una cuerda preciosa.

Dotado de una sensibilidad muy viva, y no queriendo desperdiciar su juventud, se dedicó profundamente al estudio del mundo por el lado que se le presentaba á su vista; se escuchó vivir, si puedo espresarme así, y buscó la ciencia del corazón humano, no tan solo en las faltas y en las pasiones ajenas, pero en sus propias pasiones, en sus propias faltas.

Esto explica su éxito rápido y duradero.

Ha sido feliz. afortunado, porque es verdadero, porque es natural, porque en sus obras se siente palpar la fibra y latir la arteria.

Desde la *Dama de las Camélias* hasta el *Medio-Mundo*, ha vivido todas sus obras.

Compuesta en ménos de quince dias, la *Dama de las Camélias* ha llegado á la altura de *Manon Lescaut*, sino por el mérito literario puro y simple, á lo menos por la sorprendente concepcion del libro y sus punzantes episodios. Esta novela tuvo y tiene un suceso prodigioso.

Ona vez en el camino de los triunfos, Alejandro Dumashijo no se para.

V

No crean los lectores del *Eco Uruguayo* que vamos á analizar todas sus obras; seria demasiado largo y lo consideramos inútil. Nos limitaremos pues á citarlas en el orden de su publicacion.

Desde 1849 hasta 1856, Alejandro publicó el *Doctor Servans*, *Césarina*, el *Romance de una mujer*, *Tres hombres fuertes*, *Tristan el Rojo*, *Historia de la Loteria*, el *Sargento Mustel*, *Antonina*, la *Vida á Veinte años*, *Diana de Lys*, *Un paquete de cartas*, *Sofia Printemps*, *El Precio de Pigeons*, la *Caja de Plata*, el *Ahorcado de la Piroche*, la *Dama de las Perlas*, *Camila*, *Lo que se ve todos los dias*, *Un caso de ruptura*.

No debo olvidar *Atala*, drama lirico, representado en el Teatro Histórico en 1848.

Hacia la misma época, Alejandro redactaba en la *Presse* unos *Correos de Paris* muy notables; firmaba—un provincial.

Cuando no se aparta de su talento de observacion, cuando es él mismo, tiene un andar serio, un estilo

escogido, y dá al público verdaderas obras, como la *Dama de las Camelias*, el *Romance de una mujer* y *Diana de Lys*.

VI

Queriendo como todos los literatos de hoy en día ensayarse en la literatura dramática, se puso á trabajar con ardor, y su primer drama fué un gran triunfo. Todo París ha aplaudido calorosamente la *Dama de las Camelias* (1) en el Teatro del Vanderille; ya tiene cerca de trescientas representaciones, y no exageramos.

Después se apresuró á convertir *Diana de Lys* en comedia.

Esta segunda pieza se dió en el *Gymnase*, donde tuvo numerosos bravos, numerosas coronas.

El 20 de Mayo de 1855, la tercera pieza de Alejandro, el *Medio-Mundo*, hace su aparición solémne y triunfal también en el *Gymnase*. Esta comedia recogió mas bravos, mas coronas y mas aplausos aun; fué recibida con mas entusiasmo que sus hermanos primogénitos. En verdad que lo merece, porque, aparte del mérito intrínseco de la obra, tiene un fin moral muy manifiesto.—Suzana, criatura sin nombre, que jamas ha sentido latir un corazón de mujer bajo su seno de hielo, es verdaderamente en papel bosquejado por mano de maestro; él solo bastaría para ilustrar la pluma de un escritor dramático.

Alejandro tiene en gran abundancia ingenio, chispa, agudeza. Su conversacion, sus libros, sus obras dramáticas abundan de rasgos felices, finos y delicados.

A la fecha el *Gymnase* debe haber dado su cuarta pieza: *El Dinero*, comedia en cinco actos como todas sus hermanas.

Actualmente, sabemos que está escribiendo para el Vaudeville una comedia que se intitulará el *Padre prodigo*.

Por nuestra parte le deseamos grandes triunfos, por que lo queremos estremadamente.

VII

En la vida privada como en las letras, es igualmente digno de estima y de alabanza.

No ha sido siempre rico: sin embargo, en las épocas mas duras y mas difíciles de sus primeros pasos, en todas partes é incesantemente, ha tenido cuidado de su madre, enteramente privada de fortuna.

Tiene un excelente corazón, siempre dispuesto á consolar al afligido y á socorrer la desventura.

(1) Si bien recordamos este drama se representó no ha mucho tiempo, en Montevideo, por la Compañía Española, de Torres, y gusto infinitamente.

Además la *Traviata*, ópera de Verdi, no es sino una mala traducción de *Dame aux Camelias*. Entiendan que hablamos del folleto.

A principios de 1856, en la casa de una familia noble de París, tuvo lugar una tertulia particular. La conversacion recayó sobre el hijo de Dumas, y muchas personas elogiaron su naturaleza compasiva.

«—Ya que es así, dijo la dueña de casa, voy á escribirle pidiéndole su ofrenda para los pobres.

«—¿En qué piensa Vd, señora? exclamó un antiguo ministro de Luis Felipe. Todos esos hombres que escriben, gastan el oro á medida que lo ganan. Tienen mucho orgullo, pero jamás dinero.

«—Quizá se engañe Vd., respondió la señora. En todo caso, el Señor Dumas hijo se dignará contestarme y conseguiré un autógrafo.

«—¡Eh bien, señora! Permita Vd que le apueste veinte y cinco lises (500 francos) á que no recibe el autógrafo.

«—Acepto para mis pobres, y ahora mismo, en presencia de Vd. voy á escribir al Señor Alejandro Dumas Hijo.»

Al día siguiente, el ex-ministro habia perdido la apuesta.

Dumas Hijo envió generosamente su ofrenda á la noble demandante, con una epistola dándole las gracias, con la mayor política, por su bondad de haber pensado en él para el cumplimiento de una obra caritativa.

VIII

Resumamos:

Dumas repite sin cesar que su mejor obra es su hijo.

¿Y Quién disé lo contrario?

Traducción de J. A. T.

LA EPIDEMIA

Dedicada al Sr. Gefe Político de la Capital

Segunda Indirecta.

Ay! en vano es machacar:
La Policía está sorda!...
Ni el mismo tifus la aborda
Cuando se llega á empacar.
(DE LA PRIMERA)

Y sigue la epidemia en sus estragos,
Y sigue la aflicción y soledad!...
Y deja, de la muerte á los amagos,
Todo vicho viviente la ciudad.

Y aunque sopla con impetu el pampero,
Y se saca á San Roque en procesion,
Y nos presenta su semblante austero
Del invierno la ríjida estacion;

La epidemia no entiende de indirectas,
(En esto se parece.... no sé á quien....)

Y sigue imperturbable en sus colectas
Con mas que aplomo y singular desden!

Y el ángel de la muerte en negro carro
Cruzando nuestras calles sin cesar,
Sigue alarmando al público cotarro
Y haciéndonos de miedo agonizar.

Y la ciudad desierta por el día
Sigue siendo la imagen de un panteón,
O blasfema ciudad, ciudad impia,
Victima de celeste maldición!.....

Y pues creo que pocas escepciones
Cabén hoy en la regla general,
Voy á narrar mis diurnas impresiones
En aquesta infelice capital.

Apenas abro mis dormidos ojos,
Pido el diario al doméstico... Hélo aquí!
Me clavo en las orejas los anteojos
Y acometo el periódico.... ¡Ay de mí!

El benéfico sueño algunas horas
Me arrancara á la triste realidad,
Pero ay! aquellas páginas traidoras
Me someten de nuevo á su crueldad!

De la primera de ellas á la cuarta,
No hay solo una columna, ni un rincón,
En que la fiebre, en multiforme sarta
De artículos, no llame la atención.

Ya es un sistema preventivo, higiénico,
Que á un patán se le antoja publicar,
Ya un zurriagazo al comité galénico
Por causas que no quiero analizar.

Aquí un editorial regado en llanto
Porque al campo se va la población,
Hayendo con pavor del campo-santo
A dó mandan la triste suscripción.

Allí un *hecho local* en que se increpa
La ausencia de un ministro que emigró,
Sin que la misma policía sepa
Adonde la *prudencia* lo arrojó.

Y mas abajo un luengo clamoreo
Quejumbroso, monótono, sin fin,
En que cada uno expresa su deseo
Conforme se lo dicta su magín.

Prescindo de mortuorias estadísticas,
De los abortos del terror cervical,
Y de las mil exhortaciones místicas
Con que se intenta conjurar el mal.—

De modo, que al dejar esos periódicos
La máquina sentís en desazon
Y una especie de chuchos espasmódicos,
De la espina dorsal en la región.

Yo entónces me levanto, dando al diablo
A todo, á todo el periodismo actual,
Que del primero al último vocablo
No encierra mas que un canto funeral!

Me animo, y salgo á la calle....
Y entonces, de véras, creo
Cambiada Montevideo
De lágrimas en el valle.

Todas las calles desiertas,
Todo vicho en su agujero,
Y cerradas con esmero
Ventanas, postigos, puertas.

Uno que otro changador
Se vé de altura en altura,
Y el carro de la basura
Cargado que es un primor!

Antes que me haga cosquillas,
Doblo una esquina.... y me doy
Ya con mortuorio convoy,
Ya con unas angarillas!

Retrocedo horrorizado
Y me vuelvo á mi agujero,
Donde pasó el día entero
Asi.... como apajarado.

Se me seca la saliva
Si cantarolar intento:
Tomo un libro, y al momento
Lo vuelvo patas arriba.

Trato de dormir la siesta,
Y viene á turbar mi sueño
El torvo, maldito ceño
De la epidemia funesta!

Llega la hora de comer:
Y por mucho que me canso,
Ay!... me atoro como un ganso
Sin nada embuchar poder!

Para colmo de tristeza,
¡Oh desconsuelo! ni fumo,
Porque hasta temo que el humo
Me dé dolor de cabeza.

Que está tan fija en mi mente
La epidemia asoladora,

Que si me preguntan la hora
Respondo: ¡Hoy han muerto veinte!

En fin, mi humor es tan hosco,
Tales náuseas me marean,
Que con cuantos me rodean
Me he vuelto insociable, tosco!....

—o—

En esta situacion llega la noche.
Aquí es ella: me meto en un zapato,
Y empiezo á cavilar con el desmoche
Del flajelo fatal. De rato en rato
Paro la oreja al ruido de algun coche
O al maullido diabólico de un gato,
Creiendo el carro fúnebre sentir
O el ¡ay! de alguna victima al morir

Se me crispan los nervios un momento,
Tirito como un mimbre y sudo el quilo....
Despues, pasa el chuvasco, tomo aliento
Y torno á mi zapato mas tranquilo.
Allí, con el oído siempre atento,
Vuelvo á mi eterna ocupacion,—cavilo!
Y cavilando paso hasta que el sueño
De mí se hace á duras penas dueño.

Pero en ese intermedio, ¡cielos, qué ansia!
Qué abismo de angustiosas reflexiones!
Ya me parece verla á la distancia,
Ya sufrir las primeras convulsiones;
Ya sentirme en la fúnebre ambulancia,
Aun antes de dejar estas regiones,
Y arrojarle á la fosa funeral,
Cubriéndome con sábanas de cal!!!

Trato entonces de dar distinto rumbo
A mi imaginacion atribulada;
Tomo un libro con láminas, me tumbo
Sobre la cama.... Pero nada, nada!
Me levanto de nuevo, grito, zum'o
De desesperacion!—Repente, el hada
De la ilusion, por colmo de tormento,
Se introduce un instante en mi aposento.

Creo sentir vibrar en lontananza
A intervalos un mágico sonido;
Regocija mi pecho la esperanza
Y esclamo: «¡Al fin el gefe nos ha oído!
Es la retreta—¡oh dulce bienandanza!—
Que á recorrer las calles ha salido...»
Salgo á la puerta.... ¡Oh dura decepcion!
Era.... un negro tocando un acordeon!....

Entonces si no caigo es por un tris,
Pues me asalta la fiebre y el delirio.
Me arrastro hasta mi cámara—¡infeliz!—
Y á fin de hacer cristiano mi martirio,

Me postro ante la imagen de San Luis,
Junto á la que arde permanente un cirio;
Alzo las manos, me golpeo el pecho
Y así prorrumpo en lágrimas deshecho:

¡Señor, señor, escucha la plegaria
Que el pueblo te dirige por mi voz!...
Muévate á compasion humanitaria
Nuestra tristeza y soledad atroz!...
Aparta de mi mente atrabiliaria
La presencia del pánico feroz,
Haciendo que el devoto de tu nombre
No permita que el público se asombre.

Susúrrale al oído una indireta,
Ya que no son las mias eficaces;
Dile, señor, que el miedo nos aprieta
Por la falta de públicos solaces;
Que haga ambular de noche la retreta
Seguida de faroles y disfraces,
Si quiere conservar la gefatura
Y ser digno de tal magistratura.

Plácido Douclai.
H. S. J. J.

RASGOS CRITICOS.

Conclusion.

Non, pour toute la Californie, jusqu' á nouvel ordre, je ne consentirais á jeter désormais la moindre opinion dans ce capharnaüm d'idées contradictoires, de sensations différentes, de systèmes hétéroclites, de préjugés, de préventions, d'erreurs, d'absurdités, d'exagérations, de mensonges, de baroqueries, d'intérêts, et parfois même de vénalités, heureusement exceptionnelles. En résumé, l'impuissance de la critique humilie, l'indifférence du petit nombre décourage, la lètiise de la masse irrite, certains succès étonnent, certaines chutes exaspèrent, le tohubolhu des opinions abrutit, la vue des voies et moyens répugne, la connaissance de certains mobiles écorce.

LOUIS DESNOYER.

Cuando anunciamos que nos proponíamos hacer la crítica de nuestra literatura, nos encargamos de una tarea penosa y recia.

Al trabajar para la verdad, hemos creído—¡cuán simplones éramos!—trabajar tambien para la libertad.

Efectivamente, y así es nuestro parecer, declarar la guerra al monopolio, á la explotacion del talento, es combatir por la libertad humana; para dar al escritor su libertad es preciso advertirle cuales son sus defectos, es preciso despejarlo de sus preocupaciones.

Bajo este punto de vista délese juzgar nuestros *Rasgos Criticos*.

Quisiéramos al concluir este débil trabajo, explicar los motivos que nos han llevado á dar este atrevido paso, pero tememos aburrir nuestros lectores, y en todo caso preferimos reemplazar nuestra vil prosa con estas bellas palabras de Madama de Girardin:

«Verdad, diosa implacable, cuántos disgustos nos causas! ¿Porqué hemos escogido tus altares desiertos? ¿Quién nos obligó? Desde el alba hasta la noche nos condenas á desagradar; nos haces un ser odioso á los mortales; nuestro nombre va de boca en boca maldecido por todos los que la luz despierta; tu antorcha en nuestras manos es una señal de espanto. ¡Ah! ¡vuélvela á tomar, cruel, esa antorcha fatal! ó sinó hazla servir para defendernos; que brille sobre nuestro pensamiento, y lo libre luminoso; que haga comprender á los que afligimos que tu fuerza nos arrastra, que ninguna malquerencia, ninguna miserable envidia nos guíe, que no marchemos mas que á tu voz, que tu sola eres responsable de nuestras palabras, que todos nuestros juicios vienen de ti. Te imploramos, oh diosa leal! haz brillar sobre nosotros la luz, y que la luz nos justifique!

«Pero el medio de que nos comprendan cuando se habla en nombre de la verdad? Si hacemos el elogio de alguien:—¡Ah! nos dicen, ¿fulano es vuestro amigo?—No, no lo conocemos.—Si aventuramos una crítica:—¡Ah! dicen, ¿teneis pues tanta ojeriza contra ese individuo?—Nosotros por el contrario, le reconocemos mucho talento.—¡Eh bien! habeis dicho que su última obra no valia nada, ¿por qué?—Porque así nos ha parecido cuando la leímos.—Otras personas dicen:—A la verdad, no podemos tener seguridad en ese crítico. Ya os alaba, ya os vitupera; jamas se sabe si está por fulano ó en contra de mengano.—Os lo vamos á decir: no estamos ni por sutano ni en contra de mengano; aprobamos lo que es bueno, reprobamos lo que es malo, sin cuidarnos del placer ó de la pena que podamos causar. Pero, en este país de confabulacion y de compadrazgo, la independencia es un escándalo, la justicia una monstruosidad; un hombre que no tiene preocupaciones parece un tonto que no tiene opiniones. Si criticais una cosa no teneis disculpa sino por la malevolencia. Si os conocen alguna razon de odiar á la persona que vituperais, desde luego os comprenden, y el criticado tiene buen cuidado de enfadarse; sabe que estais colocado de tal manera que veis malo todo lo que él hace; considerarian, no nos engañamos, vuestra admiracion como una marca de desprecio que él no merece; los violentos ultrajes de la calumnia lo irritan ménos que los elogios frios de la imparcialidad. Desde algunos siglos se esclama: «Si, hay algo mas escandaloso que la injusticia, es la justicia!» ella indigna á todos igualmente: en primer lugar á los enemigos de aquel que elojiais, que no os perdonan el haber admirado lo que ellos aborrecen, y despues á los amigos que son de sentir que jamas decís bastante en su elojio. ¡Ah! ¡nuestra tarea es penosa!—Felizmente nos quedan las ridiculeces de todos para divertirnos; y en nuestros dias de cólera, nos aplacamos riendo »

¿Verdad que no podriamos concluir de un modo mas oportuno que con la trascripcion de estas palabras nuestros humildes *Rasgos Criticos*.

J. A. Tavolara.

VÉNUS

Dolera

—o—

Es un bálsamo la ausencia
Que cura males de amor.

CAMPOAMOR.

Al caer de la tarde, cuando al cielo
El dorado crepúsculo colora
Y alumbra apenas la estension del suelo
Pálida luz de vespertina aurora:

Allá en el occidente se levanta,
Precursora de mil, plácida estrella
Que con su brillo la mirada encanta
Del que la fija, pensador, en ella.

En esa hora de indecisa lumbre
El alma del poeta experimenta
Una mezcla de gozo y pesadumbre
Que el dulce brillo de esa estrella aumenta.

Vénus, le dijo se llamaba un día
La mujer que idolatra su memoria...
Es una historia que amo como mia...
¿Quereis saber, amigos, esa historia?...

* *

Era una tarde de noviembre: apenas
Ocultado su luz el sol había;
Plácidas auras de frescura llenas
El Plata de sus ondas desprendía.

Los claveles del ámbito uruguayo
Prestaban á esas auras dulce aroma,
Brindando al pecho que agostó el desmayo
Tónico grato que sediento toma.

Todo tornaba á la quietud: el ruido
De la hermosa ciudad iba cesando,
Y apenas se notaba interrumpido
Como tormenta que se va alejando.

Sentados al balcón, la mano asida,
Dos jóvenes estan; tiernos amantes
En momentos de triste despedida,
Que ambos en breve se verán distantes.

* * *

—«¿No serán por mí bien, Victoria mia,
El tiempo y la distancia suficientes
Para que olvides el amor que un día
Me juraras en pláticas ardientes?

¿Recordarás al triste peregrino
Que te diera su amor con fe sincera
Cuando te halló preciosa en su camino
Como lozana flor de la pradera?»

La joven sonrió: sus dulces ojos
Al cielo dirigió:—¿Ves esa estrella?
Dijo; pues bien, no aumentes mis enojos...
Siempre mi amor relucirá como ella!

Siempre al caer la silenciosa tarde
Tendrás en ella mi mirada fija...
Mírala!...el fuego que en mi pecho arde
Siempre en su brillo copiará prolija.

Y un año trascurrió: y aquella hermosa
Fue perjura al amor del peregrino,
Como lo fuera la voluble Diosa
Que dió su nombre al astro vespertino.

Ardientes votos de constancia eterna,
Protestas de pasión inextinguible,
Tres dulces años de conducta tierna
Y el eco de un adiós indefinible:

¡Todo la ausencia lo borró en un año,
Porque es la ausencia del olvido cebo!...
Y el soplo del funesto desengaño
Marchitó el alma del gentil mancebo!...

¡Y aun al caer la silenciosa tarde,
En una estrella la mirada fija,
Se goza en ver el fuego con que arde,
En recordar la infiel se regocija!...

Montevideo, 22 de diciembre de 1856.

CONSIDERACIONES GENERALES

SOBRE EL DRAMA

POR

Victor Hugo

Traducidas para el Eco Uruguayo por C. A. F.

(Continuación.—Véase pág. 112.)

De este modo, frecuentemente invisible, frecuentemente imperceptible, el grotesco está siempre presente en la escena, aun cuando calla, aun cuando se oculta. Gracias á él no se experimentan impresiones monótonas; tan pronto hace reír como horroriza en la tragedia; él hará encontrar el boticario á Romeo, las tres brujas á Macbeth, el sepulturero á Hamlet. A veces, en fin, él puede sin discordancia, como en la escena del rey Léar y de su loco, mezclar su voz vocinglera á las mas sublimes, á las mas lúgubres, á las mas delirantes armonías del alma.

He ahí lo que ha sabido hacer entre nosotros, de una manera que le es propia y que sería tan inútil como imposible imitar, Shakspeare, este dios del teatro, en quien parecen reunidas como en una trinidad los tres grandes genios característicos de nuestra escena: Corneille, Molière, Beaumarchais.

Véase como la arbitraria distinción de los géneros se desploma al instante ante la razón y el gusto. No se

derribaría ménos facilmente la pretendida regla de dos unidades: decimos dos y no tres unidades, porque la unidad de acción ó de conjunto, la sola verdadera y fundada, permanece desde largo tiempo fuera de cuestión.

Contemporáneos distinguidos, extranjeros y nacio-
nales, han atacado ya, práctica y teóricamente, esta ley fundamental del código pseudo-aristotélico. El combate no debía ser largo; al primer sacudimiento ella ha estallado: tan carcomida estaba esta viga de las viejas ruinas escolásticas.

Lo que hay de extraño es que los rutineros pretenden apoyar su regla de dos unidades sobre la verosimilitud, cuando precisamente es lo real lo que la mata. ¿Qué de mas inverosímil y de mas absurdo en efecto, que ese vestibulo, ese peristilo, esa antesala, sitio banal donde nuestras tragedias tienen la complacencia de venir á desarrollarse; donde llegan, no se sabe cómo, los conspiradores para declamar contra el tirano, el tirano para declamar contra los conspiradores, cada uno á su turno como si se hubiesen dicho bucólicamente:

Alternis cantemus: amant alterna Camenæ.

¿Dónde se ha visto vestibulo ó peristilo de esta suerte? ¿Qué de mas contrario, no diremos á la verdad porque los escolásticos la desprecian, pero sí á la verosimilitud? Resulta de eso que todo lo que es demasiado característico, íntimo, demasiado local para ocurrir en la antecámara, es decir, todo el drama, tiene lugar entre bastidores. En cierto modo, no vemos en el teatro mas que los codos de la acción; sus manos están en otra parte. En vez de escenas tenemos narraciones; en vez de cuadros, descripciones. Grandes personajes colocados como el coro antiguo entre el drama y nosotros, vienen á referirnos lo que se hace en el templo, en el palacio, en la plaza pública, de modo que frecuentemente tenemos la tentación de gritarles: «¡Es cierto! pero conducidnos allá, pues; ¡debe uno divertirse mucho! ¡debe ser eso digno de verse!» A lo cual responderían sin duda los rutineros: «Sería posible que os divirtiera ó interesara, pero no es esa la cuestión; somos los guardianes de la Melpómene francesa.» ¡Vea usted!

Pero, se dirá, esta regla que repudiais es tomada del teatro griego. ¿En qué el teatro y el drama griego se parecen á nuestro drama y á nuestro teatro? Además, ya hemos hecho ver que la prodigiosa extensión de la escena antigua le permitía abrazar una localidad entera, de suerte que el poeta, según las exigencias de la acción, podía transportarla á su grado de uno á otro punto del teatro, lo que equivale casi á los cambios de decoraciones. ¡Estraña contradicción! el teatro griego esclavizado como estaba á un objeto nacional y religioso, es mucho mas libre que el nuestro, cuyo solo objeto sin embargo es el placer, y, si se

quiere, la instrucción del espectador: es que el uno no obedece mas que á las leyes que le son propias, inter que el otro se aplica condiciones de sér perfectamente estrañas á su esencia; que el uno es artista y el otro artificial.

Se empieza á comprender en nuestros días que la localidad exacta es uno de los primeros elementos de la realidad. Los personajes procedentes ó activos no son los únicos que graban en el espíritu del espectador la fiel impresion de los hechos; el lugar donde tal catástrofe pasa se convierte en un testimonio terrible é inseparable, y la ausencia de esta especie de personaje mudo menoscabaría en el drama las mas grandes escenas de la historia. ¿Osaría el poeta asesinar á Rizzio en otra parte que en la cámara de Maria Stuart? ¿Puñalear á Enrique IV en otra parte que en esa calle de la Féronnerie, obstruida toda de carromatos y carruajes? ¿quemar á Juana de Arco en otra parte que en el Vieux-Marché? ¿despachar al duque de Guisa en otra parte que en ese castillo de Blois, dónde su ambicion hacia fermentar una asamblea popular? ¿decapitar á Carlos I y Luis XVI en otra parte que en esas plazas siniestras, desde donde se puede ver Whit-Hall y las Tullerías, como si fueran sus cadalsos y sus palacios cuadros simétricos de un mismo juego?

La unidad de tiempo no es mas sólida que la unidad de lugar. La accion encerrada por fuerza en las veinticuatro horas es tan ridicula como encerrada en el vestíbulo: toda accion tiene su duracion propia como su lugar particular. ¿Poner la misma dosis de tiempo en todos los acontecimientos! ¿aplicar á todo la misma medida! Se reiría de un zapatero que quisiera poner el mismo zapato á todos los pies. ¿Cruzar la unidad de tiempo á la unidad de lugar, como los barrotes de una caja, y hacer entrar en ellas pedantescamente, por Aristóteles, todos esos hechos, todos esos pueblos, todas esas figuras que la Providencia desarrolla en tan grandes masas en la realidad! Eso es mutilar hombres y cosas; es torturar la historia; digamos mas bien: todo eso morirá en la operacion, y es así como los mutiladores dogmáticos arriban á su resultado ordinario: lo que se hallaba vivo en la crónica está muerto en la tragedia. He ahí por qué, frecuentemente, la caja de las unidades no encierra mas que un esqueleto.

Y á mas, si veinticuatro horas pueden ser comprendidas en dos, será lógico que cuatro pueden contener cuarenta y ocho. La unidad de Shakspeare no será pues la unidad de Corneille. ¡Piedad!

¡Estas son sin embargo las pobres chicanas que desde dos siglos la mediocridad, la envidia y la rutina oponen al genio! Es así que se ha limitado el vuelo de nuestros grandes poetas; es con la tigre de las

unidades que se les ha cortado las alas. ¿Y qué se nos ha dado en cambio de esas plumas de águila cercenadas á Corneille y á Racine?—Campistron.

• Comprendemos que se podría decir: hay en los cambios demasiado frecuentes de decoraciones alguna cosa que confunde y fatiga al espectador, y que produce sobre su atencion el efecto de un vahido; puede tambien suceder que las translaciones multiplicadas de un lugar á otro, de uno á otro tiempo, exijan contra-exposiciones que lo resfrien; es preciso temer tambien el dejar en medio de una accion espacios que impidan á las partes del drama el adherirse estrechamente entre sí, y que ademas desconciertan al espectador, por que él no se da cuenta de lo que puede haber en esos vacios...—Pero son esas precisamente las dificultades del arte; son esos los obstáculos propios á tal ó tal sujeto, y sobre los cuales no se podría estatuir una vez por todas: es del genio el resolverlas, no de las poéticas el eludirlas.

Bastaría en fin, para demostrar la absurdidad de la regla de las dos unidades, una última razon tomada en las entrañas del arte; y es, la existencia de la tercera unidad, la unidad de accion, la sola admitida por todos, porque ella resulta de un hecho: el ojo ni el espíritu humano no podrían tomar mas de un conjunto á la vez. Esta unidad es tan necesaria como las otras dos inútiles; es ella que marca el punto de vista del drama; luego, por esto mismo, ella excluye las dos otras. En el drama no pueden existir tres unidades, así como en un cuadro no pueden existir tres horizontes. Por lo demas, abstengámonos de confundir la unidad con la simplicidad de accion; la unidad de conjunto no repudia de ningun modo las acciones secundarias sobre las cuales se debe apoyar la accion principal: es necesario sí, que estas partes, inteligentemente subordinadas al todo, graviten sin cesar sobre la accion central, y se agrupen en torno de ella en los diferentes órdenes ó mas bien sobre los diversos planes del drama. La unidad de conjunto es la ley de perspectiva del teatro.

CONDICIONES

LA SUSCRICION se recibe, en Montevideo, en la Librería Nueva, calle del 25 de Mayo número 202, y en la de Hernandez, calle de los Trienta y Tres, número 81.

EL ESCRITORIO DE LA DIRECCION está establecido en la calle de Buenos Aires, número 41, adonde se debe ocurrir para todo lo referente á este periódico.

SU DIRECTOR se hace solidario y responsable, conforme á la ley, de todos los artículos publicados en él que no lleven firma ó iniciales.—Todo aquello que no le pertenezca, llevará uno de estos distintivos como condicion indispensable.

IMP. DEL SR. ROSETE, CALLE DE BUENOS AIRES N.º 206.